

REALIZACIONES

LA FORMACION APOSTOLICA EN LA ESCUELA NORMAL *

EJERCICIO DEL APOSTOLADO

Después de haber ahondado en la fe y dilatado la caridad hasta los confines del mundo entero, después de participar en los sacramentos —fuentes de religión y de amor—, las jóvenes deben liberar todas esas reservas acumuladas y someterlas a la prueba de la iniciación apostólica.

«En nuestras escuelas de formación —escribía Mons. Suenens¹—, ¿hemos dado la debida importancia, en todos los grados, a la iniciación apostólica, práctica y concreta; a esas realizaciones que permitirán a los futuros educadores hablar con conocimiento de causa?»

* * *

¡Qué de ocupaciones misioneras aguardan a nuestros futuros profesores y maestros! Fomentar la vida espiritual de los niños que se les confíen, prepararlos a la recepción de los sacramentos, estimular en ellos el amor a Cristo y el celo de su reino. Colaborar en las actividades apostólicas de la escuela que se les asigne; sugerir iniciativas, asumir la dirección de alguna obra.

Los mismos padres esperan del maestro el consejo que ilumina, la palabra de fe que eleva, el estímulo que anima a superarse e irradiar.

* Inmediatamente pensamos en nuestros lectores al oír en Bruselas unas conferencias de la distinguida autora de estas páginas. Pero a la hora de recabar su colaboración, sus ideas, llenas de vida y sugerencias, habían aparecido ya en «Humanités Chrésiennes» (R. S. MARIE-BENEDICTA, *La formation apostolique par l'école normale*, Hum. Chrésiennes 4 [1961], 366-376), de donde las traducimos con permiso de la autora y con la seguridad de complacer así no sólo a las escuelas normales, sino a todos los educadores de ambos sexos, especialmente en estos meses que preceden a la posible organización de la «campana pascual». (N. del Dr.)

¹ *Eglise en état de mission*, Desclée, 1955, p. 150.

El cura párroco cuenta con el maestro y la maestra católicos para llevar los jóvenes al Señor, estimular la parroquia con el ejemplo de un cristianismo contagioso y contribuir a la renovación de los métodos catequísticos, a la vitalidad de las obras parroquiales, al esplendor de los oficios litúrgicos.

Tenemos que ejercitar a los normalistas en todos estos quehaceres, con el fin de que, llegado el momento, estén preparados para cumplir su cometido en los dos principales sectores en que más tarde tendrán que desplegar su celo: la escuela y la parroquia.

I. EL EJERCICIO DEL APOSTOLADO EN LA ESCUELA NORMAL

A. *Los movimientos apostólicos.*

Son terreno muy apropiado para iniciar a las adolescentes en la acción. Abramos, pues, nuestra escuela a una amplia gama de tales movimientos; asignémosles un tiempo para las reuniones semanales; estimulemos a las alumnas a que se alisten en uno de los grupos, según sus gustos.

Todos estos movimientos deben encaminarse a desarrollar los gérmenes apostólicos del bautismo, ora se trate de movimientos para el esparcimiento (equipos deportivos, muchachas guías...), la acción social (San Vicente de Paúl...), la formación espiritual (congregación mariana, cruzada eucarística, masa coral), ora sean para la iniciación apostólica propiamente dicha (JEC, legión de María, círculo misionero).

Los equipos de juegos y deportes se preocupan, bajo el impulso de sus jefes, de orientar a las demás hacia diversiones sanas y tonificantes. Las obras caritativas enseñan a las jóvenes a socorrer las necesidades materiales, morales y espirituales.

Lo mismo ocurre, por supuesto, con las obras de formación interior: la congregante puede ser el alma de la devoción a la Santísima Virgen en su medio escolar, difundir el «Rosario viviente» y organizar equipos marianos en su parroquia. Las cantoras deben ayudar al párroco los domingos y durante las vacaciones; y más de una, de acuerdo con la formación recibida, ha organizado una coral en su parroquia.

Con mayor razón, los dirigentes de obras apostólicas, en vez de limitarse a sugerir círculos de estudios, discutir acerca del aposto-

lado, informar sobre las necesidades del cristianismo, envían a los miembros a trabajar en los distintos campos de la Iglesia: ambientes descristianizados, familias desunidas, colonias estivales, etc. Todas las alumnas del último año de escuela normal tendrían que asumir la responsabilidad de una obra: patronato, equipo de deportes, cruzadas, jecistas, jóvenes misioneras, grupo de cantoras, compañía de guías, o manada de lobatos, a menos que ya actuasen como monitoras en alguna colonia de vacaciones, oficiales de algún praesidium de la legión de María, catequistas parroquiales, etc. De este modo tendrían preparación más inmediata para ser las promotoras y animadoras de organizaciones parroquiales.

Se objetará que nuestras alumnas son jóvenes. Razón de más: tienen el entusiasmo del ideal; y la desconfianza que en ellas produce la inexperiencia les hace desear un consejero crítico; a esa edad todavía pueden caer en la cuenta de sus errores y desear repararlos; ¡más tarde ya no podrán ser formadas ni reformadas!

Se añadirá: su fe es débil. Cierto. Pero al tratar con los incrédulos, con la familia que sufre, nuestras principiantes se dan cuenta de que tienen que profundizar en la fe y vivir más de ella: experiencias capitales que fortalecen la personalidad religiosa.

Más objeciones: ¿y los estudios? Es necesario inculcar una convicción: la convicción de que nuestras alumnas son, según la expresión de Mons. Suenens, «cristianas maestras», y no «maestras cristianas». Si, ante todo, nos preocupamos de su formación cristiana, sabrán sacrificar para el apostolado, no el deber de estado —saben muy bien que el verdadero apóstol debe capacitarse en todos los órdenes—, sino los pasatiempos insustanciales o nocivos. Por otra parte, si los profesores dan ejemplo de competencia profesional unida al celo de las almas, si se preocupan de equilibrar apostolado y estudio estimulando a unas y moderando a otras, la síntesis será tan beneficiosa para la alumna como para la apóstol.

B. *Consejo de las obras apostólicas.*

Es de desear la creación de múltiples obras apostólicas para responder a toda la gama de aptitudes, pero es necesario coordinar su trabajo si se quiere evitar la anarquía y las rivalidades. Tal es el cometido del *Consejo de las obras apostólicas*, en el cual las delegadas de todos los movimientos establecidos en el centro elaboran, de común acuerdo, las principales campañas de conjunto.

Quizá sea oportuno describir su funcionamiento para comprender su utilidad.

El Consejo se reúne una vez cada mes. Preside una de las mayores, asistida por la vicepresidenta, ambas elegidas por votación de la asamblea. La parte espiritual corre a cargo de la Directora, la «prefecta de estudios» o la encargada de las obras apostólicas. Una secretaria redacta la memoria de cada sesión.

Ocho días antes de la reunión, el comité presenta sus proyectos a la Directora; sigue un intercambio de opiniones para aclarar los distintos pareceres. La secretaria cursa invitación a cada una de las participantes, quienes ya pueden así no sólo preparar su relación, sino también elaborar los proyectos.

Ha llegado el momento de la reunión. En fraterna intimidad, una veintena de jóvenes se apretujan en torno a una mesa grande: jecistas, legionarias de María, congregantes, cantoras, deportistas..., cada una representa a veinte miembros de su movimiento.

La Directora preside la oración y hace una breve lectura espiritual comentada. La secretaria lee la memoria y la presidenta interroga a las delegadas acerca de las actividades del mes anterior. Cada una da a conocer su relación... Es un momento muy interesante: se formulan preguntas, se justiprecia, se da y se toma consejo, se anotan sugerencias...

Se interrumpe la reunión con un fervoroso «Sub tuum», y luego se pasa al estudio de los proyectos, encaminados siempre a:

- mejorar el espíritu religioso de la escuela; preparar la cuaresma, la campaña pascual, el mes de mayo...
- corregir ciertos abusos o deficiencias: educación, comportamiento en los trenes y autobuses, lealtad en los exámenes...
- organizar alguna acción conjunta de los distintos movimientos: exposición de prensa, ceremonia religiosa, ejercicios espirituales, etc.

Todos estos temas conducen, después de la discusión, a importantes retoques y puntualizaciones; igual atención se presta a las sugerencias de las de quinto de latín (el Consejo rebasa el marco de la escuela normal) que a las sugerencias de las mayores.

Se termina siempre precisando quehaceres bien concretos; cada una tendrá que transmitirlos a su movimiento y velar por su ejecución. Por ejemplo, en las vacaciones de Pascua se les invitó a todas a ayudar la parroquia en la forma que cada movimiento juzgase conveniente.

La oración final, a menudo en consonancia con lo discutido, rubrica las decisiones e implora le bendición del Señor sobre nuestros proyectos.

De hecho, esta organización tiene muchas ventajas. Favorece el mejor conocimiento de los demás movimientos y, por tanto, el mutuo aprecio. Se oyen reflexiones como éstas: «Qué bien organizado está tu movimiento.— En la congregación trabajáis en serio.— Vuestros resultados son maravillosos.— Espiritualmente hablando, las cosas van mejor entre vosotras que entre nosotras.»

Así se cae concretamente en la cuenta de que, a pesar de la diversidad de medios, el fin es el mismo para todas: bucar, ante todo, el reino de Dios en los demás y en sí mismo.

Al hacer el recuento, al principio del año, cuando se nota que varias alumnas no pertenecen a ningún movimiento, el Consejo en pleno estudia cuál conviene más a cada una, y la delegada del movimiento escogido se encarga de proponérselo.

C. Organización de ejercicios religiosos en la escuela.

No les faltarán a las normalistas otras muchas ocasiones para ejercer su celo. ¿Por qué no podrían organizar:

- la Santa Misa (cantos, lecturas, formulación de intenciones eclesiales);
- la acción de gracias después de la comunión (cantos, meditación breve, sugerencias de intenciones, rezo dialogado);
- el vía crucis, los viernes de cuaresma;
- el rosario durante el Adviento y el mes de mayo?

A menudo quedamos gratamente sorprendidos por lo denso y práctico de sus comentarios.

También sería interesante, durante los últimos años, estudiar, en forma de círculo de estudios, temas sobre la PEDAGOGIA DEL APOSTOLADO. Por ejemplo:

- cómo iniciar a los niños es la misa y en la oración personal,
- cómo prepararlos a la confesión y a la primera comunión,
- cómo fomentar el espíritu misionero, etc.

A estos círculos, previstos por el programa de la F.N.E.N.C.², se añadirían uno o varios ejercicios prácticos. que luego serían relatados, comentados y criticados.

Esto despertaría grandemente el interés de los normalistas y de las normalistas, y les sería muy provechoso. Con el fin de no sobrecargar los programas, vería con buenos ojos que en cuarto año de normal se destinase la tercera hora de religión, no sólo al estudio de estos problemas, sino también a su realización.

D. El «Centro de Formación Apostólica».

Hay que hablar aquí de una experiencia original, el *Centro de Formación Apostólica* (C.F.A.), creado en la sección de «Regentes» de la Normal de Saint-Thomas, en la calle Terre-Neuve (Bruselas), por iniciativa de Mons. Suenens y de Mons. Cattoir.

En dicho centro se ha celebrado un auténtico cursillo de formación apostólica adaptada a los futuros profesores. He aquí, brevemente, las líneas fundamentales. Después de una charla preliminar de información, cuarenta y ocho «Regentes» se inscriben para aprovechar ese «training» apostólico. La mitad de ellos llegará hasta el final.

Siguen luego ocho sesiones (el sábado por la mañana o el jueves por la tarde) de tres partes cada una: exposición doctrinal, presentación de movimientos apostólicos y, después de rezar el rosario

² Fédération Nationale de l'Enseignement Normal Catholique.

arrodillados en el suelo, diálogo sobre experiencias personales e ideas.

Las exposiciones doctrinales versan sobre temas íntimamente relacionados con la acción misionera: la valentía apostólica, el apostolado en el Cuerpo Místico, el Espíritu Santo, la mediación de María, Redención y apostolado, etc.

Algunos responsables de diversos movimientos, o bien miembros de la A.C., presentan, sucesivamente, sus actividades: grupos de amistad del ejército, scouts, legión de María, obras para y potescolares. ¡Incluso acude una esposa para decirles cómo tiene que ser el marido cristiano!

Viene, por último, la relación de las actividades apostólicas del último mes. Unas veces se trata de la marcha de determinado movimiento; otras del cometido concreto asumido en la última reunión: entablar diálogo espiritual con dos adultos en el tren, el tranvía, la sala de espera, etc.; informarse de las actividades apostólicas de tal escuela; preguntar al Director acerca de las cualidades que exige a los «Regentes» que contrata y si cuenta con ellos para el trabajo apostólico.

Estas relaciones originan intercambio de pareceres, puntualizaciones prácticas, rectificación de ideas falsas. Se esboza así una técnica apostólica. Y se enraiza el espíritu de fe, gracias a las intervenciones discretas del capellán y a sus palabras finales de edificación.

El 25 de marzo, clausura de las sesiones, se invita a los estudiantes a dar su parecer sobre las mismas. Su testimonio es alentador.

Sus críticas constructivas sobre el Centro de Formación Apostólica abogan, todas, por una mayor profundización doctrinal, información más completa sobre las técnicas de apostolado y mayor iniciación en la discusión de temas religiosos.

Y si se les pregunta qué han recibido en el C.F.A., he aquí sus respuestas: «He aprendido a vencer, por lo menos un poco, el respeto humano... He aprendido a vivir valientemente mis convicciones en la vida cotidiana... He aprendido cuanto sé sobre apostolado. Y en primer lugar, mayor conocimiento de la misión del cristiano y del sentido del apostolado. He aprendido también a entrar en contacto con el prójimo y a conversar con él.»

«El C.F.A. me ha enseñado que hay muchos medios de ser apóstol y que uno puede serlo en todas partes. Me ha infundido la preo-

cupación apostólica, el reflejo apostólico en las diferentes circunstancias de la vida.» Y he aquí este reflejo apostólico pormenorizado en otro testimonio: «Ahora, cuando asisto a una fiesta, procuro, a propósito de temas filosóficos o literarios, llevar la conversación hacia cuestiones morales y religiosas. Cuando alguien me es presentado, le pregunto siempre si es católico: este tema interesa a todos los estudiantes y es buen punto de partida.»

Para terminar, dos citas más para que veamos que el C.F.A. no se ha limitado a dar una técnica: «Ha desencadenado una revalorización creciente de mis convicciones religiosas...» «El C.F.A. me ha revelado la fecundidad infalible del apostolado que se apoya en el Espíritu Santo y en la Santísima Virgen.»

Estas reflexiones de los jóvenes —y no he mencionado más que unas pocas— son la mejor prueba del valor de esta experiencia.

Mi admiración y santa envidia al Hermano Director de la Escuela, por su valentía en comenzar y su tenacidad en proseguir esta magnífica empresa apostólica. ¡Que cunda su ejemplo!

II. LA FORMACION APOSTOLICA AL SERVICIO DE LA PARROQUIA

Ciertamente, el campo donde se ejerce el celo de nuestros futuros profesores es, en primer lugar, la escuela; pero la experiencia nos enseña que el maestro y la maestra deben desempeñar un papel importantísimo en la parroquia.

En cuántas parroquias el cura párroco está terriblemente solo, a pesar de la presencia de maestros cristianos; por falta de dirigentes, carece de lectores, acólitos, sacristán, organista, cantores y obras parroquiales.

Deber nuestro es *preparar* progresivamente a los estudiantes para esos puestos, según sus aptitudes.

¿Cómo lograrlo?

Consigno aquí, simplemente, algunas experiencias vividas: la campaña pascual, la ayuda parroquial ocasional, el campamento misionero.

A.—La campaña pascual.

Anualmente, desde hace tres años, nuestras alumnas de escuela normal, primaria y media, y las del ciclo superior de humanidades pasan los últimos días de la Semana Santa en aldeas vecinas de Nivelles.

¿Cómo se organiza el trabajo?

Lo primero es *determinar el lugar*. Once aldeas de doscientos a cuatrocientos habitantes, en las que no existe más que una escuela municipal y cuyo párroco tiene fe bastante para creer que unas cuantas muchachas pueden ayudarle un poco. (¡Raros son los que creen sin haber visto!)

Luego se asigna a cada clase un sector. Los más difíciles son para las mayores. Las profesoras forman equipo con el párroco: todos los años vuelven a la misma parroquia y así terminan por conocerla a fondo.

Después hay que *reclutar* misioneras ocasionales y *voluntarias* para la campaña pascual (aunque no todas irán). Inmediatamente después se elabora el plan de trabajo y toda la cuaresma está orientada hacia «la tierra de misión». Cada clase de las mayores se asocia una clase del ciclo inferior para que rece por la parroquia, realice humildes trabajos materiales: dibujar y pintar carteles de Pascua (¡más de mil!), fabricar de seiscientos a ochocientas antorchas para el vía crucis del viernes santo, limpiar la iglesia durante la semana santa (lo cual proporciona a las alumnas mayores la ocasión de recibir a las pequeñas), recolectar los fondos necesarios para los gastos más indispensables: transportes, alquiler de material, etc.

De este modo toda la escuela vive en estado de «misión» y las alumnas mayores aprenden a interesar a las menores en el propio apostolado. ¡Qué emocionante esta aventura de cuaresma!

Segunda etapa: *los primeros contactos con la Parroquia.*

Las profesoras (religiosas o seculares), acompañadas de dos delegadas de clase, tienen la primera entrevista con el señor Párroco. Hay que puntualizar muchas cosas: oficios (hora y ceremonial), organización de las visitas dentro de la parroquia, estudio del plano de la aldea, itinerario del vía crucis, fecha del primer contacto colectivo, preparación de los feligreses a la «invasión», alojamiento. A la vuelta se expone el plano del pueblo en la clase y también en el aula de las madrinitas, así pueden adjudicarse los sectores y rezar de modo más concreto por «su» parroquia. Simultáneamente se prepara la propaganda destinada a los feligreses, se dibujan grandes carteles para los lugares estratégicos de la aldea; hay un cuarto de hora diario de canto gregoriano; unas cuantas hacen ejercicio de armonio, y cada grupo escoge su jefe.

En fin, a mediados de cuaresma, un día de vacación, y en grupos de dos la clase se dispersa por las aldeas para el primer contacto. Ciertamente van con un poco de miedo, pero confían en que los cartelitos y las circulares que llevan consigo les abrirán las puertas; su buena voluntad y la gracia de Dios harán lo demás.

Tercera etapa: *salida en masa.*

El miércoles santo, por la tarde, comienza el éxodo a las aldeas. Cada grupo está respaldado por dos o tres profesoras, entre las que hay habitualmente una religiosa. Omiso todo el aspecto material de la salida. Quienes hayan preparado un campamento, barruntan sin dificultad todo el ajetreo que trae consigo la organización de once campamentos simultáneos.

Limitémonos a lo espiritual. ¿Qué harán las alumnas durante esos cuatro días?

— Visitar a todos los feligreses para invitarles a cumplir con Pascua y a participar activamente en los oficios, y también con el fin de localizar a los enfermos y ancianos que hay que confesar y comulgar a domicilio, y

obtener antes su consentimiento. Se visita a todos los parroquianos el jueves, nuevamente el viernes (organización del vía crucis) y por último el sábado para la despedida... ¡Qué de kilómetros recorridos!

— Contribuir al esplendor de los oficios: Cuidado de la sacristía: lavar y planchar los lienzos sagrados; limpieza y ornato de los altares. Canto litúrgico: ¡cuántos ensayos para que salga bien! Acompañamiento musical con un armonio a menudo poco armonioso. Visitas para recabar la colaboración de los aldeanos: cantores, lectores, monaguillos.

— Reunir a los niños para jugar y, sobre todo, para prepararles a la confesión y comunión pascuales.

— Organizar el vía crucis público. Cuántas gestiones para obtener a tal efecto la colaboración de los fieles, ya que ellos son los que confeccionan y llevan la cruz grande, los que fabrican y adornan las cruces de las otras trece estaciones; ellos —un grupo de hombres—, los que debidamente iniciados por las normalistas, leen los comentarios de las estaciones y cantan los versículos del *Stabat*.

— Y también ayudar a familias numerosas o ancianas en los quehaceres domésticos; cuidar de los niños para que los padres puedan asistir a los oficios, etc.

Al mismo tiempo se aprovechan todos los tiempos libres para breves meditaciones y observaciones constructivas motivadas por las visitas, las objeciones oídas o el descubrimiento de situaciones inextricables.

Esta campaña pascual representa para las normalistas el punto culminante del año. En ella almacenan *experiencias apostólicas* útiles para su vida futura, palpan claramente la soledad del párroco y la importancia de la enseñanza católica, penetran en la sociología religiosa del ambiente rural, se inician en las entrevistas espirituales y en otras muchas cosas más, útiles para el reino de Dios. Al enfrentarse con las responsabilidades que pesan sobre ellas, sienten dolorosamente la poquedad de su fe y regresan luego con deseos de robustecerla mediante la oración y el estudio de las fuentes. Por último, las normalistas experimentan cristiana inquietud por tantas almas extraviadas, sienten angustia por el desamparo de las ovejas sin pastor y por la propia insuficiencia ante la inmensidad del quehacer apostólico que nunca se agota.

B.—*La ayuda ocasional.*

La campaña pascual correría el riesgo de ser mera fogata de virtudes si no se prosiguiera la ayuda ocasional de la parroquia adoptada. De ordinario, los párrocos menos entusiastas antes de la campaña son los que después recurren a los servicios de nuestras jóvenes, sobre todo para el canto y el acompañamiento musical; a veces, para organizar ceremonias. Así, volvieron nuestros grupos a una parroquia para el bautismo de las campanas, a otras, para una misa *pro Sponsis*, una ceremonia mariana en mayo o para el domingo de las misiones en octubre, y a casi todas para la comunión solemne.

En unos sitios se ha creado una coral; en otros, un patronato. Evidentemente hay que ir a verlos de cuando en cuando... y dar un empujoncito de renovación.

C.—*El campamento misionero.*

Dos veces ya, hemos montado un campamento misionero estival en la más desheredada de nuestras parroquias (el párroco no reside en ella por tener tres parroquias).

Organizado como las «missions de Bourgogne», este campamento reúne de veinte a treinta normalistas actuales o antiguas, deseosas de intensificar el apostolado iniciado durante la Semana Santa.

Se repiten muchas de las actividades apostólicas de Pascua, pero ahora con más calma. Así, por ejemplo, algunos grupos se ponen a disposición de los vecinos para la recolección de la patata y la fruta, para el lavado y el planchado; es una oportunidad para introducir a Dios en los hogares, para hablar de él como de alguien actual y viviente que se interesa por ellos y los ama.

Las normalistas asumen completamente la dirección de los ejercicios de piedad: preparan las misas, atendiendo al tema de cada una; comentan por equipos el rosario cotidiano; organizan, de acuerdo con el párroco, una ceremonia parroquial: procesión mariana, alguna inauguración, etcétera. Todas las tardes reúnen unos treinta niños, de dos a quince años, y los hacen jugar hasta la noche. Hacia las cuatro los reparten en grupitos para el catecismo (algunos ni siquiera están bautizados) y la oración.

Los ancianos y enfermos reciben visitas muy consoladoras... Y como fruto de nuestra última estancia, en quince hogares se reza diariamente un diez de rosario por la parroquia: esto nos proporciona relaciones epistolares mensuales para mandarles las hojitas del rosario viviente.

Desde luego es un campamento *duro*. Pero sólo acude un grupo selecto, mientras que en Pascua van casi todas. Además, los ejercicios espirituales tienen particular importancia: meditación y misa por la mañana; rosario y angelus a mediodía; vigilia y completas por la noche; durante la mañana, círculos de estudios por equipos; por la noche, reunión general en la que se compendian las conclusiones de los equipos. El tema del año pasado fue «la Santa Misa»; el de este año, «la Iglesia». Cada vez se nota en nuestras actividades apostólicas el influjo del tema del campamento.

Todavía podemos proporcionar a nuestras jóvenes otras muchas ocasiones para ayudar a la parroquia y formarse en el apostolado; pero hay que terminar. Antes, sin embargo, hay que insistir en que la acción apostólica dentro de la escuela normal no puede ser obra de algunos pocos, sino de un compacto equipo.

* * *

SOSTENES DEL TRABAJO APOSTOLICO

Todos los profesores, religiosos y seculares, tienen que colaborar en esta educación; esto implica, por supuesto, que las *actividades deben planearse en común*.

Antes de la campaña pascual, por ejemplo, una reunión de profesores elabora el programa, que luego se discute en otra reunión posterior. Después de cada reunión del Consejo de obras apostólicas, se celebra una amigable asamblea de profesores para cribar las ideas de los alumnos antes de ponerlas en práctica en la escuela.

La colaboración requiere, además, que los *profesores participen*

de alguna manera en las actividades apostólicas, dirección de movimientos o campamentos. Por ejemplo, poniendo el coche a la disposición de algún equipo misionero, llevando un grupo de «Louise» a la casa de tal o cual familia pobre, o acompañando a alguna alumna en la visita apostólica, etc.

La colaboración exige también que los *profesores sean apóstoles y se muestren tales*. Si el profesor seglar que lleva a los alumnos a confesarse es el primero en hacerlo, no es de extrañar que toda la clase le siga; si asiste todos los días a la misa facultativa de la tarde, no tardarán muchos de sus discípulos en hacer otro tanto; si se consagra a las obras parroquiales, no carecerá de imitadores en la escuela.

Si el clero solicita nuestra colaboración y los párrocos saben alentar, guiar y estimular a esas aprendices de apóstol que son nuestras alumnas, nos prestan un gran servicio.

Si, por el contrario, las tímidas pero generosas ofertas de ayuda a la parroquia son recibidas con desconfianza o rechazadas sin aclaraciones, se corre el grave riesgo de aniquilar «talentos» que podían haber producido el ciento por uno.

También las antiguas alumnas pueden ayudarnos a formar en el apostolado a nuestras normalistas. Por ejemplo, explicando a las finalistas el apostolado que llevan a cabo en el propio ambiente profesional y en la parroquia; o bien, dialogando las del antiguo cuarto de normal con las del actual: aquéllas cuentan sus experiencias apostólicas, éstas exponen sus proyectos.

La familia también tiene que contribuir. En las reuniones de padres de familia y en los contactos individuales hallaremos múltiples ocasiones para realzar la vocación del maestro cristiano y para recordar a papá o a mamá la importancia de su actitud (interés o indiferencia, estímulo u oposición, consejo o desprecio) ante las primeras experiencias apostólicas de los hijos. Ayudémosles a comprender que la educación completa exige el desarrollo armónico de todas las aptitudes, no sólo intelectuales y artísticas, sino también apostólicas y religiosas.

Antes de admitir a una adolescente en un movimiento, consultemos a los padres y pidámosles que sostengan la inconstante generosidad de las principiantes.

Por último, las visitas a los padres —hemos comenzado este año—

permiten estudiar conjuntamente algunos problemas relacionados con el apostolado juvenil:

- equilibrio entre el apostolado y el estudio.
- equilibrio entre apostolado y esparcimiento.
- obstáculos para la formación apostólica en la familia.
- primacía de los valores religiosos.
- participación en las actividades parroquiales, etc.

* * *

He ahí algunos medios para formar a nuestros jóvenes en el apostolado. Pero en tratándose de almas libres, no basta la técnica, por buena que sea. Las experiencias mencionadas nunca corresponden plenamente a las esperanzas de quienes las conciben y realizan. En el «Centro de Formación Apostólica», ya lo dijimos, sólo la mitad de los «estudiantes de apostolado» llegaron al fin; en la última campaña pascual, el quince por ciento de nuestras alumnas rehusó, con gran decepción nuestra, esa ayuda parroquial.

Es cierto que la formación de apóstoles proporciona alegrías inmensas. Pero no sería obra divino-humana si no llevara consigo su parte de penas, decepciones y fracasos.

Pero la divina gracia omnipotente no depende tanto de nuestras técnicas cuanto de nuestras decepciones ofrecidas alegremente, de nuestro continuo volver a empezar y de nuestra oración fervorosa al Señor para que trueque en apóstoles a nuestras estudiantes.

Somos inferiores a nuestro cometido —¡y no poco!, por cierto—, pero Dios lo señorea, lo quiere, lo guía... y acepta tener necesidad de nuestra insuficiencia.

R. S. MARIE-BENEDICTA, I.E.J.

Directora del «Institut de l'Enfant Jésus». Nivelles